

LA SEMANA.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

NUEVA PUBLICACION EN ESPAÑA. — UNA ENTREGA CADA DOMINGO.

ENTREGA 3ª.

Es propiedad.

SE SUSCRIBE EN BARCELONA

En la librería de J. VERDAGUER, Rambla frente al Liceo.—SALA hermanos, calle de la Union.—SUBIRANA, plaza de la Constitucion.—OLIVERES, calle Ancha y Fustería.—MANERO, frente al teatro Principal, nº 7.—GINESTA, calle de D. Jaime I.—CERDÀ, plaza del Angel.—GARCIA, calle de la fuente de San Miguel.
 Toda la correspondencia se dirigirá franca, á los Señores FONT y BLANCH, en la Librería de Joaquin Verdaguer, Rambla, n. 5, Barcelona.

PRECIO.

En BARCELONA, por 4 entregas llevadas á domicilio . . . 2 rs.
 En las Provincias, por id. . . 3 rs.
 Cada Entrega suelta 6 cuartos.



Nos habeis engañado, caballerito ¿reconoceis estos papeles? (Pág. 18, col. 3ª.)

SUMARIO.

NOVELAS: Una historia de cada día, por M. JORGE BELL.— La Giralda ó una conspiracion de treinta horas en Sevilla, por M. AMADEO DE BAST.— **VIAJES:** Diario de una institutóra en Rusia, por la Señorita MARIA NEVILLE.— **VARIEDADES,** por V.— **PAPAS ESPAÑOLES:** Callisto III.— Antiguos privilegios de los abogados.— Fuego griego.— Máximas.

UNA HISTORIA DE CADA DIA.

por M. JORGE BELL.

Era el mes de octubre de 1769: despojábanse los árboles de su frondosidad; la vid abandonaba sus pámpanos, y los senderos estaban atestados de hojas amarillentas. En aquella estacion el campo ofrece á los ciudadanos un aliciente inesplicable, en especial en un castillo amueblado con todo el lujo y elegancia que permite una fortuna regular.

Aunque habia cumplido ya los treinta años, la marquesa de Sathenay era todavía hermosa, sensible y apasionada; vivia en un castillo del mismo nombre, tenia

mucha afición á las artes, y la música era el objeto favorito de su alma. El castillo de Sathenay estaba situado en una colina rodeada de bosques y á diez leguas de distancia de la capital, y la vida de sus habitantes era con corta diferencia la misma que la de Paris, pues apenas pasaba día que no se presentara algun amigo para permanecer en él unos quince dias y referir los acontecimientos que hubiesen ocurrido en la corte.

Habíase representado en la comedia Italiana una ópera nueva titulada *el Cuadro parlante*, y compuesta por el famoso Grétry, que habia llegado á hacerse de moda por la ligereza y facilidad de su música. En el castillo de Sathenay, como en todas partes, no se hablaba de otra cosa que de la nueva ópera: las señoras aprendieron de memoria aquellas juguetonas melodias que tanto gustaban á nuestros padres, y todos los huéspedes de la marquesa eran otros tantos admiradores de Grétry.

Habia sin embargo entre aquellos huéspedes un italiano que se habia introducido en las mejores reuniones parisienses por el agradable metal de su voz y por la gracia y finura de sus modales. Llamábase Nicolo Biffi, solia hablar muy poco so pretexto de la dificultad que

tenia de producirse en francés, y desde el triunfo de Grétry hablaba todavía mas poco que de costumbre; pero su silencio no consistia precisamente en la indicada causa, sino en un proyecto que habia formado Biffi secretamente para conseguir sus fines particulares.

No era ciertamente el italiano un grande hombre, mas habiéndose trasladado á Francia para hacer fortuna, veíase en la necesidad de echar mano de todos los recursos que le sugeria la audacia y la astucia para satisfacer sus deseos, y las circunstancias en que á la sazón se hallaba la sociedad francesa parecian favorables á sus designios.

Acababa de llegar al castillo de Sathenay el caballero de Torcy, que á fuer de recién llegado era para las señoras el héroe del día.

—Señoras, deciales el caballero de Torcy, sin duda quereis saber lo que se hace y se dice en Paris, pero lo sabeis tan bien como yo, porque por la noche se concurre á la Comedia Italiana para tributar aplausos frenéticos al *Cuadro parlante*, se dice que Grétry es un grande hombre, y para probarlo se cantan las piezas mas populares de su ópera en todas las reuniones. El otro dia, estando yo en casa de madama de Beauharnais,

me obligaron á cantar tres veces lo que cualquiera sabe ya de memoria...

—Y ¿cuál es esa pieza que tanto gustaba en casa de madama de Beauharnais? preguntó la marquesa.

—La declaración de Casandra, señora: *Esta declaración amorosa...*

Y el caballero cantó la pieza con voz temblona.

—Por lo demás, continuó diciendo, no puede negarse que la ópera revela un esquisito gusto, y que la ejecución es lo mas esmerada posible. Clairval está muy gracioso en el papel de Periquillo, y madama Laruelle, en la parte de Colombina, hace perder los estribos á todos los espectadores.

Al oír estos elogios, Biffi se apresuró á decir marcando sus palabras con el acento italiano:

—¿Qué lástima que M. Grétry no sea el autor de su obra! Porque si lo fuera, ya no necesitaría mas para inmortalizarse.

—¿Calle! caballero ¿quereis decir que M. Grétry ha tenido algun colaborador?

Tal es la pregunta que hicieron á un tiempo todos los circunstantes.

—Quiero decir, añadió Biffi, que M. Grétry ha recordado muy oportunamente todo lo que habian escrito sus maestros, y que ha estado muy feliz en el arte de intercalar en la ópera algunas composiciones de su propio fondo. Cada vez que cantais las piezas de esta ópera me acuerdo de las composiciones antiguas, y ahora ya no me cabe en ello la menor duda, porque registrando mis papeles he dado con las piezas originales, y me hallo en estado de divulgar el fraude para que cada cual obtenga lo que le pertenece.

—Pero esta observacion es muy grave, dijo el caballero. A mí me ha parecido siempre que M. Grétry es un hombre muy honrado, y un fraude como este no le haría mucho favor.

—Bien se conoce que no habeis tratado con artistas. Para ellos estos fraudes son pecados veniales que pueden cometerse sin escrúpulo.

—Mucho siento no ser del mismo parecer. Un fraude como este no deja de ser un robo, un plagio indigno de un hombre de bien.

—¡Oh! No hay que tomarlo tan á pecho. Estoy seguro que á la mas leve indicacion M. Grétry confesará francamente que se ha servido de las obras de sus maestros, tal vez para hacer un sainete á la francesa.

—Corriente, pero todos esos sainetes son incompatibles con nuestras inclinaciones, y M. Grétry no merece consideracion alguna si es cierto que haya cometido una accion tan indigna; pero permitidme que lo ponga en duda todavía.

—Podéis dudarlo, pero yo sé muy bien lo que digo.

—Mostrad pues la antigua música de que se ha servido M. Grétry.

—Precisamente es la proposicion que deseaba haceros, porque de esta manera podreis juzgar con conocimiento de causa.

—Pues me hareis mucho favor, porque una accion como esta es inconcebible.

No se hizo de rogar el italiano, pues subiendo de cuatro en cuatro los escalones se trasladó á su cuarto, tomó los papeles que debian proporcionarle una victoria completa, y al presentarlos á la reunion dijo:

—Aquí teneis la música que en mi pais cantan de memoria los cliquillos mismos. Las firmas ofrecen los nombres de Galuppi, Trajetta y Pergoleso, que por cierto no son muy populares en Francia, y si se me permite cantar esta pieza, no tardareis en reconocer las arias y los duos de la nueva ópera de M. Grétry.

Biffi cantó efectivamente en italiano las piezas francesas de música: *Para engañar á los viejos... Eráis lo que no sois... El fuego que me abrasa...* y algunas otras, pero no era necesario acumular tantas pruebas, porque el plagio resultaba evidente. El caballero de Torcy estaba confuso, y Biffi hacia alarde de su triunfo.

Al otro día los huéspedes de Sathenay experimentaban un sentimiento hasta entonces desconocido, como que ninguno de ellos acertaba á decir una palabra, y el

caballero de Torcy particularmente se mostraba aturdido. Poco despues, mientras los concurrentes se estaban paseando á la sombra de los copudos árboles del castillo, la marquesa se sintió repentinamente inspirada, y exclamó:

—Señor de Torcy, desde que Biffi ha desacreditado tan completamente la ópera de M. Grétry, he meditado mucho en las palabras del italiano, y aunque no sé porque, me parece que hay en ellas un fondo de falsedad de que no acierto á daros cuenta.

—¿Oiga! ¿Seria posible que...

—Sí, muy posible...

—Pero ¿qué origen podemos atribuir á la música que nos puso de manifiesto?

—No lo sé, pero estoy segura de que no me equivoco.

—¿Pues vaya que seria una accion infame!

—Y ¿cuántas acciones peores no vemos en el día?

La marquesa de Sathenay aludía á las luchas que sostenian entonces los gluckistas y los piccinistas, y verdaderamente llevaba razon, porque en aquel tiempo la mentira era un arma de que se hacia uso en los libelos con mucha frecuencia, y en este género de esgrima se distinguia especialmente el famoso Voltaire.

—Marquesa, dijo el caballero tras un rato de silencio, puede que sea cierto lo que decís, pues en cuanto á mí, no puedo creer que Grétry sea un hombre tan desvergonzado.

—Mayormente si recordais como yo lo que nos decian de su ópera, mientras la estaba escribiendo.

—Sí, marquesa, lo recuerdo perfectamente. El embajador de Suecia, protector y amigo de Grétry, se la vió escribir en su presencia, y es claro que para disfrazar el plagio no hubiera dejado de tomar Grétry un gran número de precauciones. Sí, marquesa, teneis razon; ese italiano nos ha engañado, pero ¿cómo podemos acreditar esta sospecha?

—Dando tiempo al tiempo, caballero. No tardarémos mucho en averiguarlo.

La marquesa no se proponia otro objeto con estas palabras que el de diferir la partida del caballero de Torcy; y la casualidad, que suele ser un cómplice muy inteligente, secundó sus deseos á pedir de boca.

Entre las señoras que mas se distinguian en la reunion de Sathenay habia una condesita muy curiosa y traviesa que se dedicaba esclusivamente á conocer el valor de los hombres y de las cosas.

Mientras la marquesa comunicaba sus dudas al caballero, presentóse corriendo la condesita, y dijo:

—Señora ¿qué susto! Socorredme...

—Pero ¿qué ocurre? Explicaos, pronto...

—¡Dios mio! Pues es muy sencillo. Yo estaba sentada en el jardín saboreando el aroma de las flores, cuando vi una porcion de papeles que andaban volando como si el viento me los trajera adrede. Cogí uno, luego otro, en seguida otro, mas al coger el cuarto; qué sé yo! he tenido miedo, porque me ha parecido que tal vez era algun caballero que se estaba chanceando conmigo.

—¿Y qué mas?

—¡Toma! He doblado los papeles, y he venido corriendo para que los leyeseis secretamente, pero me parece que son de música.

Echáronse á reír el caballero y la marquesa al ver la conmocion de la jóven condesa, y habiendo tomado los papeles, el señor de Torcy reconoció desde luego la música de la ópera nueva. Sorprendido por un descubrimiento tan inesperado, el caballero exclamó:

—Marquesa: deciais que era preciso dar tiempo al tiempo, pero yo tengo para mí que es necesario proceder con actividad. Estos tres papeles de música contienen la misma composicion, aunque con diferente letra.

Los interlocutores se dirigieron inmediatamente á la biblioteca, y una hora despues habian hallado ya en las obras de Metastasio todas las palabras que vieron consignadas en los papeles recogidos y que se prestaban fácilmente á la supuesta música de Galuppi, de Pergoleso y de Trajetta.

En la reunion próxima el caballero de Torcy dirigió al italiano la siguiente pregunta:

—¿Cómo se explica que los italianos del siglo pasado conocieran á los poetas de nuestros días?

Soltóse Biffi, porque conoció desde luego la malignidad de la pregunta, y respondió:

—No comprendo...

—Quiero decir que es muy extraño que Pergoleso haya puesto en música los versos de Metastasio. Ya yo sé que teneis habilidad suficiente para poner una letrilla italiana en música francesa, pero no la habeis tenido para aplicar á la música de Grétry los versos de Metastasio. Nos habeis engañado, caballero, ¿reconocéis estos papeles?

Y el caballero de Torcy puso en manos de Biffi los papeles recogidos, entretanto que la reunion entera soltaba una carcajada en honra y gloria del desvergonzado italiano.

Una hora despues este se habia fugado del castillo, y el caballero de Torcy componia una letrilla para celebrar un descubrimiento tan imprevisto, quedando demostrado de nuevo que en Francia todo viene á parar en letrillas y canciones.

LA GIRALDA.

6

UNA CONSPIRACION DE TREINTA HORAS EN SEVILLA.

POR M. AMADEO DE BAST.

V.

Una algarada por los tejados.

No es ciertamente muy fácil conciliar el sueño en un campanario donde están debatiéndose de continuo doce comadres de bronce, con un reloj colosal que hace tres siglos que está encargado de medir el tiempo para los enajorados y para los moribundos.

Despertóse sobresaltado el celador á la voz horrorosamente sonora del reloj de la Giralda, que anunciaba las diez de la noche.

La primera parte de la noche es en Sevilla muy deliciosa, porque es la hora de las serenatas, de los ramilletes, de las flores artificiales, de los romances y de la belleza; mas para el hombre que se ve nadando, como los hijos de Osian, en las húmedas nieblas de la atmósfera y á quinientos piés de altura, la hora décima de la noche es la mas fúnebre de todas, pues no es posible que le inspiren ideas muy alegres los cobiertos del mochnelo y del murciélago ni la nocturna cantinela del buho ó de la lechaza.

Levantóse el celador con mucha cachaza para esperar el día; mas al recordar las instrucciones que se habian remitido desde Badajoz á D. Pedro de Gova para sublevar á Sevilla, á cada paso le parecia que los insurgentes estaban subiendo la escalera de la Giralda para llamar á las armas á todo el pueblo.

Levantóse para abrir la puerta, pero tambien la habia cerrado el escrupuloso Baltasar echando dos vueltas á la llave como la noche anterior.

No dejaban de oírse sin embargo algunos pasos, entretanto que por una rendija de la puerta penetraba un rayo de luz.

—Será la señal que se preparaba, dijo D. Luis para sí; es necesario impedirlo, mas que me cueste la vida.

Y esto diciendo se trasladó de un brinco á la ventana que daba al atrio de la catedral, pero que por ser mas alta que la balaustrada permitia descubrir todo lo que pasaba en la azotea.

No le habian engañado sus presentimientos, como que Baltasar estaba alineando cuatro barreños llenos de seho para encenderlos por medio de una mecha.

Era evidente que el maldito judío queria colocar aquellos faroles en los cuatro puntos estremos de

la Giralda: la tranquilidad de Sevilla, la vida de cien mil hombres, un trono, una victoria y un ejército dependían en aquel momento de cuatro pucheros y de la mano de un miserable judío convertido.

— ¿Qué estais haciendo ahí, Baltasar? dijo D. Luis procurando comunicar á su voz una energía que le quitaba la cólera.

El judío le dió la llamada por respuesta.

— ¿Sería acaso una indiscrecion preguntaros, continuó el celador, para que sirven estos barreños? ¿si para anunciar alguna fiesta ó para celebrar una victoria?

Nada respondió tampoco Baltasar.

— ¿Será tal vez alguna señal de traicion ó de felonía? preguntó de nuevo el celador. Baltasar, escuchad. Para cometer este crimen, es de creer que se os haya ofrecido alguna suma de dinero, pero cualquiera que esta sea, no tengo inconveniente en ofreceros el doble para que no lo hagais, en la inteligencia que os pagaré en el acto.

A pesar de todas estas preguntas, el infernal judío continuó haciéndose el sordo, y sacando la bugía amarilla de la linterna, la allegó al primer morterete, que se encendió inmediatamente.

— Baltasar, Baltasar, exclamó D. Luis, en nombre del cielo no continueis esa obra abominable. Escuchadme.

Mas el judío, sin hacerle caso, encendió el segundo morterete.

— Por Dios, Baltasar, dijo otra vez D. Luis, suspended esa iluminacion. Vais á desencadenar el incendio, la devastacion y la muerte contra esta desgraciada ciudad.

Y el judío, sin decir una palabra, encendió el tercer morterete.

Levantábase paulatinamente de aquel triple foco una luz roja, y en el espacio de pocos segundos el impasible israelita podia trasportar aquellos barreños ardientes á los cuatro puntos cardinales de la torre para consumir la obra tan endiablidamente comenzada.

La ocasion no podia ser mas crítica. El celador empezaba ya á medir con la vista el espacioso trecho que separaba la ventana de la balaustrada de la azotea, cuando de repente oyó algunos sonidos articulados. Era el idiota que, menos sordo que su padre, acababa de despertarse á la voz imponente de D. Luis.

Concibiendo súbitamente una idea terrible, el celador cogió al idiota por la cintura, y sacándole fuera de la ventana con su robusto brazo exclamó:

— Baltasar, tu hijo va á soltar tu lengua ó vengarme de tu silencio.

Alzó los ojos el judío, y al ver á su hijo que se estaba debatiendo sobre el abismo, lanzó un grito ronco é inesplicable.

— ¡Benjamín! ¡Benjamín de mis entrañas! dijo el judío; devolveme mi Benjamín,

— ¡Hola! ¡Con que has recobrado el oido y el uso de la palabra! Sí, quiero devolvete el hijo, pero antes es necesario que apagues pronto esas llamas homicidas.

El judío estaba vacilando todavía.

— Cuenta contigo, Baltasar, porque empieza á apurarse mi paciencia; un minuto mas y pierdes el hijo.

Estremeciéndose de horror el corazón paternal de Baltasar á esta intimacion suprema, y postergando la avaricia á la ternura derribó los morteretes, de manera que en un instante reinó de nuevo la oscuridad mas completa.

— ¿Está V. satisfecho? preguntó luego el judío reprimiendo su coraje.

— No, respondió D. Luis retirando el brazo y el idiota. Abre la puerta.

Titubeaba el judío, pero D. Luis añadió:

— ¿Ann titubeas? Considera que tengo á tu hijo en mi poder, y que la ventana está abierta.

El judío abrió la puerta temblando, y se arrojó sobre su hijo como el tigre sobre la gacela, aunque no ciertamente para devorarle.

— Padre mio, padre mio, exclamó el idiota; el ángel que habia trasportado á Abacuc á la cueva

de los leones en donde se hallaba el profeta Daniel acaba de cogermé... aquí... para cernermé sobre el abismo, y yo creo... me acuerdo... yo soy...

— ¿Es posible? Hijo mio, exclamó el judío estrechando á Benjamín contra su corazón con todas sus fuerzas, como si quisiera metérselo de nuevo en las entrañas; ¿es posible? ¿Con qué Dios ha hecho tan gran milagro!

— Sí, sí, respondió el muchacho, tengo la conciencia de lo que hago y de lo que he hecho.... Ayer, sí, ayer, á esta misma hora, una gente muy mala, que serian madianitas ó filisteos, me hicieron echar en el polvorin de la Sagra una naranja llena de fuego... Yo salté en el aire, lo mismo que otros muchos.

Al oír la primera parte de este relato, D. Luis se sintió enternecido, mas al oír la segunda concibió la mas profunda repugnancia contra una raza que se deja siempre llevar de la perversidad y de la avaricia, sea que la domine la razón, sea que reine en ella la estupidez. Ya D. Luis sabia lo suficiente para contentarse con ello.

— Eres un traidor, dijo á Baltasar. Yo podria hacerte arrepentir del atentado que ibas á cometer, pero no ha llegado todavia la hora de la recompensa ni del castigo. Retírate con tu hijo, y procura concentrar en el amor paternal los sentimientos que cumplen á un nuevo cristiano y ciudadano. Vete de mi presencia, que yo mando en la torre de la Giralda por el derecho de la fuerza, pero quiero que antes me entregues la llave de la puerta principal, y no hay que equivocarse, añadió el celador desvainando la espada y haciéndola brillar á los rayos de la luna, pues apesar de lo mucho que sentiria mancharla con la sangre de un judío y apóstata, cumpliria con el deber de castigarte.

Baltasar sacó de su manajo de llaves la de la puerta principal de la azotea, y el celador, habiéndose cerciorado de que era la misma, despidió á los dos judíos y cerró tras ellos la formidable puerta.

— No faltan muchas horas hasta el amanecer, dijo para sí D. Luis. Dentro de poco rato llegarán los valientes castellanos para restituir la alegría, el amor y la prosperidad á Sevilla y á la Andalucía entera.

VI.

Los celadores.

Grande fué el alborozo con que D. Luis, en pos de una incertidumbre de seis horas mortales, saludó la llegada del alba. Esperando la aparicion de los estandartes de los celadores, seguia con la vista la carretera de Madrid que corre á lo largo del Guadalquivir, pero solo descubria la eterna frondosidad de los naranjos y los dorados pámpanos que la brisa de la mañana estaba meciendo con sus pingües racimos.

El joven celador experimentaba sin embargo un placer inefable al contemplar el magnífico espectáculo del firmamento que trocaba su estrellado manto por la regia púrpura del sol naciente, con las nubecillas de rubies y de ópalo que desde las profundidades del oriente penetraban en un espacio de luz y de armonia en pos de la rubia aurora. El hombre que el dia anterior habia muerto á su semejante por una palabra vana, el soldado que estaba jugando su vida al funesto chaquete de las revoluciones en honor de un trono precedero y de una corona efimera, bendecia al autor eterno de tantas maravillas y cantaba interiormente el himno de la gratitud y de la alabanza. El último vástago de los vencedores de los Abderramanes y de los Abencerrajes confundia el aroma de sus heroicas preces con las doradas arpas de los serafines y con los melodiosos conciertos de los ángeles: la espada del castellano se humillaba con el lábaro de Constantino y la oriflama de san Luis á la vista de aquel sol espléndido que cobija sin duda á los ojos de los mortales el terrible tribunal de un Dios que juzga á los reyes y á las naciones.

De repente el celador se sintió sustraído á sus

plácidas contemplaciones por los reiterados golpes con que una mano impaciente estaba llamando á la puerta de la azotea.

Abrió D. Luis, y viendo á D. José de Mendoza le dijo:

— Bien se conoce que es V. hombre de palabra, D. José.

— No es D. José de Mendoza quien viene á visitarle, caballero, sino el corregidor de Sevilla, D. Gerónimo de Puebla, que en los salones del Alcázar era considerado como el capitán José de Mendoza.

— Pero ¿qué interpretacion he de dar á semejante fraude? dijo Almeida con toda la expresion del orgullo castellano.

— Este fraude debe interpretarse en favor mio y en pro de la causa que defendemos, aunque por medios diferentes, dijo el corregidor. El estado de los ánimos en Sevilla me pareció digno de la atencion de un magistrado que prefiere la prevencion al castigo, y en virtud de este principio he concurrido siempre al Alcázar, porque en él se reúnen los libertinos ambiciosos y los disipadores indigentes, razas que, como ya sabeis, están siempre descontentas y por consiguiente dispuestas á turbar el orden establecido para favorecer sus intereses, conquistar riquezas y escalar el poder en hombres del pueblo. Nadie me conocia en aquella reunion, porque, como llevo dicho, he pasado fuera de España la cuarta parte de mi vida haciendo la guerra. Mendoza es el nombre de mi madre, y le amo tanto como el de los ascendientes á quienes mas venero. No dudo que me perdonará V. una fábula con que he procurado conservar uno de los hijos mas dignos de España y uno de los súbitos mas fieles de Felipe V.

— Al contrario, debo darle á V. mil gracias, señor corregidor, replicó D. Luis, y casi me avergonzaria del sentimiento pundonoroso que he mostrado ahora mismo, sino fuera por un hombre que ha conocido desde mucho tiempo el natural orgullo del soldado.

— Y para demostrar de una vez para siempre que soy real y verdaderamente el primer magistrado de esta ciudad, tengo el gusto de presentarle á V. una comunicacion del cardenal Portocarrero, primer ministro de Felipe V.

Y esto diciendo, el corregidor presentó á D. Luis un documento de la cancelleria, adornado con los tres sellos reales y que decia lo siguiente:

« Señor corregidor: entregará V. el adjunto oficio á D. Luis de Almeida, que actualmente se halla en esa para el servicio del rey, y se pondrá V. de acuerdo con él en cuanto conieerna al cargo de corregidor.

« El cardenal Portocarrero. »

— Y este oficio ¿le tiene V., señor corregidor? preguntó D. Luis mientras le subian al rostro los colores de la ambicion.

— Aquí está, caballero.

D. Luis rompió el sobre del oficio que le entregó el corregidor, y leyó en voz alta lo siguiente:

« Por la presente nombramos capitán general de nuestra provincia de Andalucía y gobernador de Sevilla á nuestro muy amado y leal súbdito D. Luis de Almeida, de la noble casa de Carvajal. Le nombramos además caballero de Calatrava y jefe de los seis escuadrones de celadores que hay actualmente en Sevilla.

« Tendreislo entendido etc. — Yo el Rey. — Por orden de S. M., el ministro de gracia y justicia cardenal Portocarrero. »

— ¿Es posible? ¿Yo capitán general! ¿Yo gobernador de Sevilla! exclamó D. Luis. Pero, ¿si aun no tengo veinte y cinco años! Señor tened lástima de mí; iluminadme; asistidme.

— Señor capitán general, dijo el corregidor haciendo un acatamiento, permitame V. que sea el primero en felicitarle.

— No hay que felicitarle, señor corregidor: reunamos nuestras voluntades, y pues hay tantos conspiradores desencadenados contra la gloria de España y contra el rey que se ha dado la nacion misma, conspiremos nosotros por la ventura de nuestros



Cuenta contigo, Baltasar; un minuto mas, y pierdes el hijo (Pág. 49, col. 1ª.)

conciudadanos y por la defensa del trono de Felipe V.

— Señor, dijo el corregidor; la torre de la Giralda será testigo de dos milagros hechos por V. Antes de morir, D. Pedro de Gova se ha casado públicamente con la hija de Baltasar, y el idiota ha recobrado el uso de la razón.

— Hagamos juntos otro milagro, y serán tres, señor corregidor: pongamos la ciudad de Sevilla á cubierto de la guerra civil... Mas no será muy difícil esta empresa, añadió el nuevo capitán general de Andalucía, porque por allí estoy viendo á mis valientes camaradas, que van á entrar en Sevilla.

Descubriáanse efectivamente las orillas del Guadalquivir cubiertas de hombres y caballos, y no tardaron en relucir á los rayos del sol las corazas y los sables de los celadores. Los preciosos penachos que llevaban los jefes en el casco, la interesante reunión de los estandartes de España y Francia, la riqueza de los dorados uniformes que traían á la memoria los trajes de los torneos y de las justas de la edad media, y el grito de viva Felipe V que lanzaban aquellos nobles caballeros agitando sus banderolas indicaban la presencia de los invencibles escuadrones de los celadores.

D. Luis de Almeida y el corregidor bajaron precipitadamente de la Giralda para salir al encuentro de unos amigos á quienes estaban esperando con tanta impaciencia.

Al llegar al pié de la torre, cerca de una especie de locutorio donde el arzobispo y el cabildo solían recibir á los extranjeros ilustres que iban á visitar la catedral, D. Luis y el corregidor vieron á Inesilla enlutada, y á Baltasar y Benjamin que los estaban aguardando.

— Caballero, dijo Inesilla dirigiéndose á D. Luis, el justo resentimiento que me inspiraba D. Pedro de Gova me indujo á aplaudir el funesto resultado de vuestro combate, pero D. Pedro de Gova ya no existe, y estando en su lecho de muerte me ha desagraviado completamente legándome su nombre, sus títulos y su fortuna. Ahora soy su viuda, y aunque no me arrepiento de los servicios que tal vez os he prestado en la Giralda, pues, por lo contrario, me siento dispuesta á prestaros otros nuevos,

soy la marquesa de Gova y he de vengar la muerte de mi esposo sino salis de Sevilla.

— Inesilla, contestó D. Luis sonriéndose, se conoce que habeis adoptado los sentimientos de la hija del conde Gomez de Gormas, aquella hermosa Jimenez que honra á España con sus virtudes, pero ni estoy enamorado como el Cid, ni debo hacer caso de vuestras amenazas ó de vuestra indulgencia para permanecer en Sevilla.

— Ignorais, marquesa de Gova, añadió el corregidor, que el señor D. Luis de Almeida es capitán general de Andalucía y gobernador de Sevilla por Felipe V... por Felipe V, ¿Lo ois, Baltasar?

— ¡ Ah! señor gobernador... exclamó el judío convertido echándose de rodillas á los piés de D. Luis. Monseñor, dignaos perdonarme.

— D. Luis de Almeida se acordará siempre de la hospitalidad de la Giralda, replicó D. Luis, y el gobernador de Sevilla echará en olvido los acontecimientos de la noche de 9 de setiembre.

Levantóse el judío muy satisfecho, y abrazó á sus dos hijos explicándoles el sentido de aquel enigma.

— Vamos, señor corregidor, dijo Almeida, haga V. proclamar en la ciudad de Sevilla la amnistia que concede el nuevo capitán general de Andalucía á todos los fautores de la proyectada insurrección. Diga V. por todas partes que el representante del rey Felipe V conoce el nombre de los conjurados, pero que esta lista no lo será de proscripción, sino de honores y gracias para los que quieran amar y servir á la patria.

Abriéronse en este momento las dos hojas de la puerta de la torre, y aparecieron formados en batalla en la plaza de la catedral los brillantes escuadrones de los celadores.

El corregidor y el capitán general salieron de la Giralda para penetrar en la plaza, é inmediatamente resonaron las trompetas y los clarines de los celadores, en tanto que se echaban á vuelo las campanas para mezclár su voz de bronce con los acentos de la música militar.

Agolpóse la muchedumbre en torno de D. Luis y del corregidor gritando: Viva el capitán general.

— Amigos míos, amados conciudadanos, exclamó el capitán general: los príncipes y los capita-

nes generales pasan y mueren, y solamente las naciones son inmortales. Gritemos pues *viva España*, y trabajemos todos sin descanso para salvar la libertad y las santas instituciones de la patria.

FIN.

VIAJES.

Diario de una Institutora en Rusia.

POR LA SEÑORITA MARIA NÉVILLE.

(Continuacion.)

Los apuntes que habia hecho para redactar la relacion de mi viaje á las provincias bálticas y á Finlandia perecieron en un incendio de que fuimos víctimas en Helsingfors; mas para que no haya ningun vacío quiero transcribir de memoria y un poco á la ventura los principales pormenores de aquel paseo.

Revel es una ciudad adonde concurren los habitantes de San Petersburgo y aun de Moscou para tomar baños. En estío se habla de fiestas, bailes y diversiones de todo género, pudiendo decirse que la ciudad pertenece á los extranjeros. Aunque no permanecemos en ella sino veinte y cuatro horas, observé que la mayor parte de los habitantes se dan el tratamiento de primos, y M. Apostol, á quien suelo consultar en todos aquellos problemas que mi saber ó perspicacia es insuficiente para resolver, me dijo que esta circunstancia estriba en la extraordinaria fecundidad de las mujeres, pues en Revel son muchos los matrimonios que cuentan diez ó doce hijos, y los vinculos de parentesco se extienden por consiguiente al infinito. La poblacion de Revel concluirá por constituir una sola familia, una tribu ó un *clan* de quince ó veinte mil personas.

La ciudad de Revel se divide en dos, á saber: la moderna, que es la aristocrática (la catedral), y la antigua. La primera encierra los monumentos oficiales y el palacio heráldico de la nobleza estoniana, y las mas de sus casas son de construcción



Aparecieron formados en batalla los brillantes esquadrones de los celadores. (Pág. 20, col. 2ª.)

moderna; la segunda ofrece un aspecto muy original por la vetustez de sus edificios, que parecen fortalezas, por sus iglesias góticas y por las capillas que hay en las esquinas, y estas dos ciudades están separadas por un antiguo muro perforado con dos puertas. Las iglesias son en Revel muy numerosas, pero las mejores son la de San Oloa y la de San Nicolás. El sacristan de esta última nos mostró en el nicho de una capilla y en un féretro de cristal un cadáver cuyo rostro se conserva perfectamente con su peluca, casaca, banda, medias de seda, zapatos encarnados y otros objetos del tiempo de Luis XIV, y habiendo yo preguntado cual era aquel santo tan elegante, M. Apostol se echó á reír á carcajada tendida con sobrada razón, pues el que yo creía santo era un sugeto á quien se había encarcelado por deudas.

Después de una vida sumamente agitada, el muy alto y poderoso señor Carlos Eugenio, duque de Croi y príncipe del Sacro Imperio, fué á pasar el resto de sus días en Revel, en donde se habían establecido los suecos, que le hicieron prisionero en Narva. El príncipe del Sacro Imperio, general de Pedro el Grande, era muy aficionado al lujo y á la ostentación, y para satisfacer sus caprichos tomó prestadas grandes cantidades á los comerciantes de Revel, que no creían que un señor tan distinguido se viese abandonado por su familia, mas si los acreedores del duque de Croi no pudieron reintegrarse en vida, menos lo consiguieron en pos de su muerte.

Hay en Revel una ley que condena á los deudores insolventes á quedar insepultos, y esta ley se aplicó severamente al muy alto y muy poderoso señor Carlos Eugenio, duque de Croi. Después de haberle puesto su mejor traje, le embalsamaron para colocarle en un rincón de la iglesia de San Nicolás, creyendo que por lo menos en aquel apurado trance no le abandonaría su familia, pero hoy precisamente hace ciento y cincuenta años que el príncipe Carlos Eugenio está esperando todavía una sepultura. Es muy posible que los descendientes del príncipe de Croi hayan calculado el importe de los intereses capitalizados de sus deudas, y que no se crean bastante ricos para sepultarle con decoro,

pues muchos acreedores cederían á buen seguro sus créditos con una rebaja del cincuenta por ciento.

Como quiera, lo positivo es que nadie ha propuesto nunca una transacción. Verdad es que los descendientes de la casa de Croi pueden justificarse diciendo que el verdadero Carlos Eugenio ha sido pasto de los gusanos y que el que en la actualidad se halla de manifiesto es un maniquí henchido de paja, renovada de cuando en cuando por los sacristanes de San Nicolás.

En saliendo de San Nicolás fuimos á ver el palacio imperial de Caterinental con sus inmensos parques y con sus magníficos jardines, cuajados de estanques y de fuentes. En él hay tres tejas que se han conservado sin blanquear, por haberlas colocado el mismo Pedro el Grande, que durante la construcción de aquel edificio vivía en un pabellón que todavía subsiste y desde donde observaba las evoluciones de la primera escuadra que desplegó la bandera moscovita, al mando del almirante Apraxin, en las aguas de este mismo mar Báltico que ha venido á parar en lago ruso.

Ocioso fuera consignar las pomposas espresiones con que M. Apostol me describió todos estos pormenores.

Tampoco me ocuparé mucho en metodizar las noticias históricas y geográficas que he adquirido de paso sobre las provincias que estoy recorriendo. Estas noticias me serán con el tiempo muy útiles, y por esto quiero recoger todas las que se me suministren en orden á los demás países que visite.

Tres son las provincias del Báltico, á saber: Livonia, cuya capital es Riga; Curlandia, su capital Mitau, y Estonia, su capital Revel. Estas provincias encierran un millón y setecientos mil habitantes, pertenecientes á varias razas, entre las cuales predomina la de los fineses, que forman la clase de labradores, pero los individuos de la nobleza y de la clase media son rusos, alemanes ó suecos. Los rusos principiaron la conquista de estas comarcas en 1710 y emplearon al pié de un siglo en consumarla (1795). Las provincias bálticas estuvieron mucho tiempo bajo el influjo alemán, de suerte que Rusia se ve en la necesidad de sostener una lucha constante contra el antiguo espíritu na-

cional. La posición de estas provincias es de suma importancia para los czares, porque Livonia les suministra industriales inteligentes, hombres científicos y comerciantes astutos, Curlandia muchos administradores y políticos, y Estonia los mejores marinos de la armada.

Cada una de estas provincias depende de un gobernador civil, pero las tres reunidas están sujetas á la autoridad general de un gobernador militar. Ni se crea que se haya estinguido en ellas la vida municipal, como que en este punto disfrutaban de varios privilegios que los czares, en el acto de subir al trono, juran sostener.

Hoy se ha celebrado la fiesta de san Canuto, y por esto ha tenido lugar una solemne procesion municipal que ha salido de las casas consistoriales.

Abrian la marcha los cuatro burgomaestres con el síndico, seguidos de catorce consejeros, del secretario general y de otros dos secretarios particulares que constituyen lo que aquí se llama el magistrado, pero que nosotros designamos con el nombre de cabildo municipal.

Seguian las dos ghilas de los artesanos y de los comerciantes, precedidas de sus correspondientes músicas y banderas. En la segunda ghilda, que es la mas importante bajo el punto de vista comercial y político, iban los principales individuos de la cofradía de las cabezas negras, cuyo origen asciende al siglo décimo cuarto. Los hermanos caballeros precedían á los meros hermanos honorarios, y cerraba majestuosamente la marcha el jefe de la cofradía, rodeado de sus tres consejeros y revestido con el uniforme de capitán de caballería del ejército, porque posee el título, la categoría y los honores de tal, en virtud de su cargo de presidente de las cabezas negras.

El reino de Bélgica cuenta todavía muchas corporaciones municipales, y no deja de haber algunas igualmente en Alemania, pero ninguna que yo sepa puede compararse á las cabezas negras de Revel.

Esta cofradía, que en su origen era enteramente popular, nació en tiempo de la dominación teutónica, que protegió su desarrollo. La asociación de las cabezas negras intervino en todas las luchas empeñadas en favor de la independencia nacional; mas

en el día su bandera, que había ondeado en muchos campos de batalla, no sirve sino para dar realce á las ceremonias pacíficas de la cofradía, que ha degenerado en una corporación de comerciantes cuyo influjo se contrae á los pormenores de la administración.

No son pocos los que solicitan el honor de ingresar en la asociación, porque sus individuos disfrutan de grandes ventajas mercantiles. Esta noche debe ingresar en ella el hijo del dueño de la posada en donde nos alojamos, y ha venido personalmente á convidarnos para la ceremonia.

La sobrina de nuestro huésped, que es una hermosa muchacha de diez y ocho años que está encargada de la administración doméstica, hizo á la señora Napukine una respuesta que me pareció muy extraña, pero cuya interpretación acaban de darme ahora mismo. Al ver la gracia y la belleza de esa joven estonia, y el zelo é inteligencia con que desempeña el importante cargo que se le ha confiado, la señora de Napukine creyó que los dos primos acabarían por casarse, y aun se atrevió á indicarlo á nuestra joven huésped.

— ¿Casarme yo con mi primo? respondió esta ruborizada, ¿cómo queréis que se case conmigo cuando puede aspirar á la mano de la hija de un cervecero?

Los caballeros de la *cabeza negra* son los únicos que tienen en Revel el privilegio de fabricar y vender cerveza, y este privilegio pertenece á las muchachas, que le llevan en dote á sus maridos, de suerte que los mejores partidos de la ciudad existen en las familias de los cerveceros.

Para dar mas realce á la ceremonia de esta noche, el posadero quiere que se enciendan hachas. A las ocho nos hemos dirigido al sitio donde suelen celebrarse las reuniones de la cofradía, que es el mismo de la bolsa, y nos han introducido en la tribuna de un salón adornado con tres cuadros, de los cuales el uno representa á Adán y Eva, el otro una cabeza de moro, y el último se compone de varias figuras simbólicas y relativas, segun me han dicho, á las diversas ceremonias que se verifican para recibir á los caballeros.

Esta ceremonia es presidida por el decano de las *cabezas negras*, al rededor del cual se colocan los doce individuos mas antiguos de la cofradía con el estandarte desplegado encima de sus cabezas, y en medio de este estandarte se lee en letras de oro la divisa *aut moriendum, aut vincendum*. Los asociados están presentes y revestidos de grande uniforme, que consiste en una casaca azul, con las vueltas y cuello encarnados, una charretera con una cabeza de moro á la izquierda, y la divisa de la bandera.

El aspirante fué introducido por cuatro padrinos y conducido á presencia del presidente, que le indicó un registro, para que pasiera en él su firma.

En seguida el presidente llenó una gran copa sostenida por una especie de heraldo que permanecía en pie y en frente de la puerta. Un sábio tomó un par de platillos de cobre, y empezó á dar fuertemente uno contra otro: el decano, tomando la copa de manos del heraldo, la vació de un sorbo despues de haber indicado al aspirante que levantase la cohertera, porque esta libación se verifica en honor del elegido, á quien se presenta la copa despues de haberla llenado de nuevo; mas esta segunda vez, levanta la cohertera el decano mismo á instancias del aspirante. El acto de vaciar la copa al ruido de los platillos da fin á la ceremonia, que aumenta con un nuevo individuo la cofradía de las *cabezas negras*.

Al otro día nuestro huésped se daba un aire de gravedad y de importancia que no solía darse, y su prima le contemplaba con admiración sin atreverse á despegar los labios para hablarle. En cuanto á él, lo que mas le satisfacía era la circunstancia de habersele recibido con la misma ceremonia con que se han inscrito en el libro de oro de las *cabezas negras* así Pedro el Grande como todos los zares siguientes, incluso Alejandro II. «He bebido en la misma copa que el emperador» decía, y esta era

la única respuesta que daba á los que iban á felicitarle.

Dorpat, que hemos atravesado rápidamente, es asiento de la universidad estonia, donde se enseña el ruso. Nada tengo que decir de la literatura oficial, pero me han asegurado que las provincias bálticas son el centro de un movimiento literario bastante activo que se ejerce en especial en los monumentos de la historia nacional, que muchas manos á cual mas docta y piadosa están recogiendo y coordinando. El gobierno, como es de presumir, no piensa en secundar este movimiento, que sin embargo va tomando cada día mayor consistencia. La musa popular ha inspirado á los campesinos de Estonia varias canciones festivas y graciosas, y esta mañana, habiéndonos detenido para conceder un instante de reposo á los caballos, hemos oído á una muchacha que estaba hilando y cantando á la orilla del camino. La señora de Napukine me tradujo aquella canción, que es como sigue:

«— O bien mio, dime con qué flor he de adornar mi cabellera para agradarte.

«— ¿Será la rosa, la vincapervinca, la flor amarilla que crece en las rendijas de la vetusta torre, ó la flor azul que se esconde en las márgenes del arroyo?

«— ¿Sabes cuál es la flor que mas me gusta? La flor del olvido.

«— ¿En dónde crece esa flor, dulce bien mio? ¿en la colina, en el valle, en los oscuros bosques ó en el verde prado?

«— En ninguno de estos sitios. La flor eterna, la flor del olvido se oculta en los pliegues del corazón.

«— No por cierto, bien mio, porque si contemplas el interior de mi tierno corazón, verás en él, no la flor del olvido, sino la del amor.»

Hay otra canción que tambien he aprendido de memoria y dice lo siguiente:

«Duerme, duerme, corazón mio, ¿qué sacarás con escuchar el veraniego canto de la ortega ó el eco de los besos que estampan las olas en la playa, puesto que me ha abandonado mi bien?

«Fuése el primero mi bien, y yo le busco inútilmente, ¿es él acaso el que suele pasar de noche? Sí, quiero seguirle, me pongo en marcha.

«Sin él moriré como muere la paloma sin sus amores, como muere la flor sin el amparo de la brisa.»

Salimos de las provincias bálticas, y entramos en Finlandia por Sveaborg; pero nada puede imaginarse mas triste que esa fortaleza granítica, cuyas casas, pintadas de rojo, ofrecen cierto aspecto amenazador. Sveaborg carece de vegetación y de agua; su territorio no puede cultivarse, y los habitantes no pueden beber otra agua que la llovediza ó la del hielo del mar, que nunca es salada. La guarnición está acuartelada en unos buques viejos y desarmados, y en los astilleros, que se me habían elogiado mucho, no había á la sazón mas que dos ó tres embarcaciones que se estaban reparando.

Acabamos de presenciar el desfile de unos cien individuos que han pasado á través de dos hileras de soldados con un hazcillo de ramas de abedul y un lio de ropa blanca, ó por mejor decir, de trapos viejos: eran presidiarios á quienes se conducía á la estufa, pues está tan arraigado en el pueblo moscovita el uso de los baños de vapor, como que el gobierno no quiere privar de ellos á los forzados mismos. Los de Sveaborg circulan por la ciudad arrastrando la cadena atada á cada pié con un anillo de hierro, y los habitantes pueden utilizar sus servicios. Esos desgraciados andan con su gorro, chupa y pantalón de lana basta, limpiando las calles, y su cadena, sostenida por una correa de cuero, produce un retintín lúgubre que hiela el corazón. Los condenados á cadena perpetua se distinguen por un ancho retazo de paño negro que llevan cosido á la espalda.

La población de Sveaborg se compone de nueve mil habitantes, entre los cuales hay tres mil pertenecientes á la guarnición. Los rusos suponen que esta ciudad es inexpugnable; pero lo cierto es que ellos no la tomaron por fuerza de armas, pues en

1808 la puso en sus manos el traidor sueco Cronstedt. Al rededor de Sveaborg se levantan varias islas que contienen algunos establecimientos públicos, como el lazareto y la cancillería del gobernador. En Hangorn hay una prisión de estado para los reos políticos, y en ella hay muchos polacos. Las siete islas donde se encumbra Sveaborg fueron fortificadas por el feldmariscal Ehrensward, que las consideraba como la constante defensa de Suecia contra Rusia, mas en la actualidad forman un nuevo Gibraltar desde donde los rusos dominan y vigilan á Suecia.

Frederikshamm es célebre por el tratado de paz y de alianza que firmó en 1809 Carlos Juan, príncipe hereditario de Suecia, ó sea, el famoso Bernadotte, con el czar Alejandro I. Viborg está cuajada de recuerdos suecos; posee un teatro que á la sazón estaba cerrado, con gran sentimiento de los ocho mil habitantes de la ciudad, que no tienen otra distracción que las representaciones de algunos malos actores nómadas; el muro que circunda á la fortaleza fué construido por Gustavo Wasa con los escombros de los edificios católicos que habia hecho demoler; es capital del *lan* ó gobierno de Carelia, y en otro tiempo su comercio era de mucha cuenta.

Helsingfors es el punto donde vi por la vez primera al gran duque Alejandro. El czarévitch acababa de hacer un viaje por Finlandia, á la que ha mostrado constantemente un afecto particular, no debiendo omitirse que el heredero de la corona lleva el título de gran maestro de la universidad de Finlandia. Las facciones del príncipe me llamaron la atención por la melancolía y mansedumbre que revelan. Iba á caballo, llevaba el uniforme de coronel de cosacos de la guardia, que daba mucho realce á su esbelta y aventajada estatura, estaba pasando revista á las tropas, y el batallón de cazadores finlandeses destilaba en su presencia en la plaza del Gobierno. El gran duque se hallaba con el estado mayor junto á un obelisco de granito que se habia construido en honor de la emperatriz y delante del palacio imperial; las aclamaciones de los habitantes alternaban con las de la tropa, y el heredero de la corona mostraba en su noble y suave fisonomía la satisfacción que le causaba una acogida tan lisonjera.

Hasta ahora he oído siempre elogiar á S. A. imperial el gran duque Alejandro, que, segun parece, es muy amado de todos sus súbditos. Sus ideas, á lo que parece, son independientes y muy elevadas, y de ello dió una prueba manifiesta al tomar estado, segun me han referido.

Alejandro nació en 27 de abril de 1818, y tenía veinte y cuatro años cuando su padre creyó oportuno casarle. Alemania es el país de las princesas bonitas, y tanto por esta circunstancia como por las razones en que se funda la política de la familia imperial, el joven príncipe recorrió las principales cortes de la confederación germánica, mas no habiéndole conmovido los ojos azules ni los rubios cabellos de las herederas inscritas en el almanaque de Gotha, no parecia sino que su viaje era completamente inútil, cuando por fin el gran duque se detuvo en la corte de Luis II, gran duque de Hesse-Darmstadt.

Este príncipe tenía dos hijas á quienes quería mucho, y otra á quien aborrecía y despreciaba. Todas eran á cual mas hermosa, pero nadie obsequiaba á la tercera, precisamente porque su padre no la mentaba nunca para nada, como en el cuento de Cendrillon.

Alejandro vió á las dos princesas admirándolas como él que mas, pero se contrajo á bailar con ellas, no sin gran sentimiento del gran duque Luis II, que esperaba ver á una de sus hijas sentada en el trono de los zares. En vano estudiaba Luis II las causas de la indiferencia con que Alejandro contemplaba á sus hijas, pues nunca se le ocurrió la idea de que el czarévitch sabia el cuento de Cendrillon.

Las malas lenguas suponen que el desprecio con que Luis II trataba á su hija menor no carecía de fundamento, como que dudaba de la legitimidad

de su nacimiento, y esta suposición quedaba al parecer justificada por el empeño con que Luis II había desterrado á uno de sus principales cortesanos antes del último parto de la gran duquesa.

Como quiera, Cendrillon enterneció al príncipe, y Luis II supo secretamente que no tardaría en presentarse un embajador á pedirle la mano de una hija suya para el hijo del czar.

¿Cuál habrá escogido? decía para sí el gran duque; ¿si será la primera ó la segunda? La una es muy bonita, pero la otra no lo es menos. Por fin, escogió la que quiera, con tal que el czarewitch sea mi yerno.

En un tris estuvo que se desmayara de sorpresa Luis II cuando supo que el czarewitch había escogido á la hija menor; mas habiéndose conformado con la suerte, celebróse en 28 de agosto de 1841 el casamiento de Cendrillon con el heredero del trono de Rusia bajo el nombre de Maria Alejandrowna.

Los czares estuvieron muy afectuosos y tiernos con su nuera, y todos los individuos de la familia imperial siguieron su ejemplo. Sea por la impresión que no podía menos de causarle un cambio tan importante, sea por timidez natural, Maria Alejandrowna, á lo que se supone, correspondió al principio con cierta frialdad y aun desconfianza á aquellas muestras de cariño, pero los suegros no desesperaron nunca de conmovérsela. — Esperemos, decía la emperatriz, pues á fuerza de amarla concluirá por amarnos.

No andaba muy desacertada la emperatriz, porque la mujer del gran duque fué cobrando de cada vez mas confianza, y en la actualidad considera á los czares como una verdadera hija.

Estando en Helsingfors vi á mis dos discípulas por la vez primera. No hay criaturas mas lindas ni mas agradables que aquellas dos niñas: la mayor, llamada Fedia, tiene unos catorce años, y la menor, llamada Prascovia, no tiene mas que trece, pero entrambas tienen una fisonomía tan suave y mas facciones tan nobles y tan regulares como su madre. En el acto mismo de verlas me ha parecido que concluiría por amarlas y que ellas también concluirían por amarme.

Las casas de Helsingfors son de madera, y en cada barrio hay una torre de vigía para señalar los incendios, que no dejan de ser muy frecuentes. Esta misma noche ha ocurrido uno muy terrible: á la una de la madrugada se ha oído la voz de fuego, porque en nuestra misma calle se estaban quemando dos casas, y las llamas iban á comunicarse á las casas contiguas. La nuestra era la que se hallaba mas espuesta, como que apenas hemos tenido tiempo de ponernos en salvo con los muebles. Apesar de la prontitud con que han acudido las bombas, se han incendiado doce casas, y esta desgracia hará mas breve nuestra permanencia en Finlandia, como que mañana mismo saldremos para San Petersburgo.

La mala estación se acerca: las casas de San Petersburgo se han puesto ya el vestido de invierno, y en todas partes se preparan las estufas y se echa un doble marco á las ventanas. Al cerrar los postigos han quedado presas dos gruesas moseas de una especie que no conozco, pero que zumban locamente contra los vidrios como si estuvieran indignadas de verse cautivas. Sin embargo mucha mas cuenta les trae á esas infelices moseas la cárcel que la libertad, porque de esta suerte tendrán un abrigo seguro contra el frio, que las matara sin duda, y en cuanto asome la primavera, podrán echarse á volar de nuevo al aire libre.

El buen tiempo es sumamente raro, porque la mayor parte de los dias cae una lluvia sutil. Ayer salimos para hacer algunas compras en la *Morskaja*, que es la calle mas mercantil de San Petersburgo; y en verdad no me olvidé del paraguas. Yo no sé porqué, pero esta circunstancia me recuerda á mi patria.

M. Apóstol Nestucheff ha querido aprovechar una hermosa tarde para que fuese con él á Peterhof, que es el sitio de verano del emperador. Con

nosotros iban Fedia y Prascovia, que son tan aficionadas al campo como yo, pues la sola idea de un árbol las llena de entusiasmo. Los prados de Peterhof estaban bon muy risueños, pero dentro de pocos dias, y tal vez mañana mismo, desaparecerá bajo una sábana de nieve toda aquella frondosidad que nos admira, y así es que nos apresuramos á saborear las diversiones campestres echando á correr, como niñas que somos todas tres, por aquella verde alfombra, con mucho sentimiento de M. Apóstol, que no anda bastante ligero para seguirnos.

Paseando por una alameda del parque vimos al emperador, que dirigía personalmente un *droska*. Inmediatamente nos detuvimos; M. Apóstol se inclinó hasta el suelo, y el emperador correspondió con mucha finura á su saludo, pero jamás he visto un hombre tan satisfecho como nuestro rodrigon.

A las cinco ó seis el *droska* imperial se detuvo, y el emperador hizo algunas preguntas á un paseante que acababa de saludarle. La distancia no era mucha, los dos interlocutores hablaban en voz alta, y así es que oímos toda la conversacion.

— ¿No sois el capitán Sergieff? preguntó el emperador, y el paseante, que se detuvo á su presencia en la humilde postura de un súbdito que habla al que dispone de su suerte, respondió con timidez:

— Sí señor.

— ¿No mandais un buque que hay en la rada de Cronstadt?

— Sí señor.

— ¿Cómo pues os encuentro en este sitio?

— Señor; he aprovechado un dia de libertad que me deja el servicio para ver á Peterhof.

— Mal hecho, porque el oficial no debe nunca abandonar su puesto. Id...

Y dando un ligero latigazo á los caballos, el emperador desapareció dejando pálido é inmóvil al oficial en el mismo sitio.

— Mal encuentro para el pobre capitán, dijo M. Apóstol; mala suerte ha tenido en su pasco.

— ¿Si le desterrarán á Siberia?

— ¡Qué Siberia ni qué calabazas! Los franceses han llegado á creer que por la mas leve falta se manda á un hombre á Siberia. Tranquilizaos, añadió M. Apóstol: lo que puedo daros por cierto es que va á ser destituido, y de seguro que nunca mas se verá empleado en la armada rusa.

Parecióme demasiado severo este castigo, pero M. Apóstol dijo:

— ¿Qué sería de la disciplina sino se procediera en estos términos? Si el emperador confirió el mando de una fragata al capitán Sergieff, fué para que permaneciese á bordo, no para que luciera su gallardía en Peterhof.

— M. Nestucheff, que se halla ya desocupado y que por consiguiente no tiene necesidad de permanecer en San Petersburgo, espera que los hielos hayan consolidado bastante los caminos para hacerlos practicables á los trineos. Luego se restituirá á su hacienda, y á principios de verano iremos á verle. Lisongéome muy mucho la idea de visitar el interior del imperio, y además la perspectiva de la vida campestre era suficiente para que deseara el fin del invierno.

Esta mañana, en el acto de levantarme, he observado que mis moseas estaban silenciosas; su cristalina cárcel está vacía, pero no se me alcanza por donde han podido escaparse. Hace tres dias que los tejados y las calles están cubiertas de nieve; el termómetro marca veinte grados bajo cero, y el invierno se acerca de una manera terrible; mas apesar de todo, ayer M. Apóstol emprendió la marcha.

Hoy ha ocurrido un deshielo repentino, y las calles de San Petersburgo han estado ofreciendo todo el dia el aspecto de verdadero pantano. El deshielo puede ocasionarnos males de mucha cuenta, y en prueba voy á referir lo que nos ha ocurrido con Ivan, que es el cocinero y el mayordomo de la casa.

Este buen hombre fué al mercado de la Sennaia para hacer las provisiones de costumbre, no obs-

tante el mal estado de la atmósfera, y al llegar á un sitio que parecia un lago de cieno, observó un sugeto de aventajada estatura y embozado en una holgada capa militar, que le hizo una seña para que se acercase.

Como que la gente del pueblo está habituada á obedecer á la mas leve intimación de un hombre que vista traje militar, Ivan se mete con sus botas en el lodazal, y se presentó al oficial con las piernas llenas de barro.

— Vuélvete, le dijo el militar en tono imperioso.

Ivan obedeció puntualmente esta nueva orden, mas he aquí que el desconocido saltó súbitamente sobre sus hombros y se puso á hostigarle gritando:

— A la acera, mujick, á la acera corriendo.

Al llegar en mitad del bache, el pobre Ivan, apesar de su robustez, empieza á bambolear, resbala y cae en medio del fango con su gineté, que inmediatamente se pone á gritar echando votos y ternos: « A la guardia, á la guardia.»

Acuden acto continuo los soldados de la policía, y al ver al oficial cubierto de barro estenden la mano en la visera del chacó inclinándose hasta el suelo.

— Traed un coche, imbéciles, ya me saludaréis despues.

Los soldados fueron por un coche sin replicar, y habiendo subido á él, el militar gritó desde la puerta del estribo:

— Cogedme ese bruto, y aplicadle doce golpes de baqueta para que aprenda á andar con mas firmeza.

Y esto diciendo los mostraba á Ivan, á quien cogieron para conducirlo al cuerpo de guardia mas próximo y administrarle la corrección indicada.

Cuando hubo sufrido la ejecución de esta orden, el pobre diablo supo que el oficial á quien había tenido la insigne honra de llevar á costas y la funesta desgracia de echar en el fango era nada menos que su alteza imperial el gran duque Miguel, hermano del emperador.

Desde entonces Ivan no quiere salir nunca en los dias de deshielo, porque tiene miedo de encontrar al gran duque. En vano se le dice que este murió, pues el pobre no quiere creerlo, y aun ha dado en suponer que se burlan de él y que le inducen á salir para sujetarle á otra carrera de baquetas.

(Se continuará en la siguiente entrega.)

VARIEDADES.

por V.

PAPAS ESPAÑOLES.

Calisto III.

Era natural de Játiva, aunque no falta quien le suponga natural de Lérida; llamábase Alfonso, y pertenecía á la ilustre casa de Borgia. Por sus virtudes y talento fué nombrado cardenal y obispo de Valencia, y Cinconio dice que nunca quiso aceptar ningún beneficio en encomienda diciendo que estaba contento con su esposa, que era virgen, palabras con que designaba á la iglesia de Valencia.

Despues de la muerte de Nicolás V, que tuvo lugar en 24 de marzo de 1455, los cardenales, en número de quince, se dividieron en dos partidos, pero no habiendo podido ponerse de acuerdo eligieron á Alfonso de Borgia, en quien nadie había pensado. Alfonso fué coronado en 20 de abril de 1455 con el nombre de Calisto III, y su primer acto fué la concesión de grandes indulgencias en favor de los fieles que muriesen en guerra contra los turcos. Honró delididamente la memoria de la célebre Juana de Arc á instancias de Carlos VII, rey de Francia; generalizó en toda la cristiandad la fiesta de la Transfiguración, en memoria del completo triunfo que acababa de alcanzar el famoso Huniades, general de los



Familia finlandesa. (Pág. 22, col. 2ª.)

tropas de Hungría, contra Mahomet II, obligándole á levantar el sitio de Belgrado; canonizó á San Vicente Ferrer, que le habia profetizado la tiara; negóse á dar la investidura del reino de Nápoles á Fernando, hijo natural de Alfonso de Aragon, y mientras estaba trabajando con ahinco para que Fernando no pudiese tomar posesion de aquella corona, le saltó la muerte despues de una larga enfermedad en 6 de agosto de 1458, á los ochenta años de edad y á los tres años y cuatro meses de pontificado.

Eneas Silvio, que le sucedió con el nombre de Pio II, dice que Calisto III lo sacrificaba todo á sus parientes, mas esta acusacion, que vemos prohibida por Muratori, no tiene otro fundamento que la elevacion de dos sobrinos de Calisto al cardenalato. Por lo demás, es indudable que Calisto III honró la silla pontificia por su energía, por su sobriedad y por el celo que desplegó constantemente para promover la guerra sagrada contra los turcos.

Antiguos privilegios de los abogados.

Alfonso el sabio fué en España el primer rey que distinguió espresamente á los letrados que hubiesen enseñado ó sido catedráticos por espacio de veinte años, confiriéndoles el título de condes. Las leyes recopiladas 8 y 9, título 7, libro 1, examen de pechos y contribuciones á los doctores y licenciados de las universidades de Salamanca, Valladolid y Alcalá, como tambien del colegio de Bolonia, y por el auto acordado 29, título 4, libro 6 se exime de quintas á los bachilleres y cualesquiera graduados, aunque solo sea en grado menor, no solamente en dichas universidades, sino tambien en las de Santiago, Oviedo, Sevilla, Granada, Cervera, Huesca, Zaragoza y Valencia.

En 1765, habiéndose suscitado expediente para saber si D. Tomás Jacinto Aliaga, regidor de San Felipe de Játiva, debía ocupar asiento en la clase de nobles y presidir á los mas modernos, espidióse una real cédula donde se decia « que sobraba para aquel asunto el ejercicio y profesion de abogado que tenia, respecto que por derecho comun y leyes del reino gozan los abogados, personalmente y por privilegio de su profesion, de las mismas exenciones que competen por su calidad

« y sangre á los nobles y caballeros, » y en la misma cédula se declara « que dicho Aliaga, por razon de su profesion y de la nobleza personal que por ella adquirió, debía tener su asiento en la clase de regidores nobles y presidir á los mas modernos. »

En las cortes de Monzon celebradas en 1583 se estableció que los doctores en ambos derechos pudiesen ser promovidos á caballeros por otro caballero cualquiera, y en Cataluña los abogados gozaron por mucho tiempo de los privilegios militares, pues Mieres, que escribia en 1439, dice que no solo se comprendia á los jurisconsultos bajo la denominacion de ciudadanos, burgueses y hombres honrados de villa, sino que además gozaban del fuero militar. En 1510 Fernando el católico concedió el fuero militar á los ciudadanos de Barcelona, pero como que el testimonio de Mieres es anterior á aquella fecha, resulta con evidencia que los abogados gozaban de las prerogativas de la nobleza, no como ciudadanos honrados, sino por su misma profesion, y por esto conocia de las causas de los jurisconsultos el veguer, juez de los nobles.

Alfonso III de Valencia, en el privilegio de 1420 distinguió y honró particularmente á los doctores y licenciados en jurisprudencia, concediéndoles igualmente las prerogativas militares ó de hidalguía, y habiéndose dudado en seguida si esta gracia debía extenderse á los médicos, en 1626 las cortes de Monzon resolvieron la duda afirmativamente; pero los médicos no obtuvieron nunca la consideracion que merecian los abogados, como que en la ciudad de Valencia, sin embargo del acuerdo mencionado de Monzon, no podian obtener empleos honoríficos. No obstante no debe omitirse que los autores no están acordes sobre la diferencia que estableció la costumbre entre los derechos de los abogados y de los médicos.

Por último en el reino de Valencia, en el principado de Cataluña y en el condado del Rosellon los letrados se distinguian con el prenotado de *miser* ó *micer*, pues aunque D. Sebastian de Covarrubias lo atribuye á los caballeros, es indudable que solo podian usarle los letrados, segun consta por un gran número de fueros en que se da el título de *miser* esclusivamente á los abogados.

Fuego griego.

No es fácil averiguar quien fue el autor de esta famosa composicion, que ardia en el agua, consumia las piedras y el hierro, y no podia apagarse sino con vinagre, orines ó arena. A pesar de su nombre, muchos creen que no era invencion de los griegos, pues en tiempo de Constantino IV, emperador de Oriente, un tal Calineo, natural de Heliópolis en Siria, le dió á conocer en Constantinopla, donde fué premiado por el gobierno: y aunque es positivo que los griegos tenian conocimiento de una composicion química muy semejante llamada *aceite de Medusa*, consta que en esta composicion no entraban los mismos elementos que en el fuego griego. No obstante los terribles efectos de este fuego, cuya llama ardia hácia abajo, de poco sirvió á los griegos en la defensa de Constantinopla, y en esta circunstancia se fundan algunos autores para suponer que los estragos ocasionados por el fuego griego no debian de ser tan grandes como se cree. Lo cierto es que desde la caida del imperio de oriente no ha podido nunca averiguarse de que ingredientes se componia, pues aunque en el siglo pasado hubo un francés llamado Dupré que se presentó á Luis XV diciendo que habia descubierto el modo de hacerle y pidiendo un premio para la publicacion de un secreto tan importante, este monarca le señaló, por lo contrario, una pension bastante crecida para que no le divulgase. Desde entonces no se ha hablado mas del fuego griego.

MÁXIMAS.

La vida de los muertos consiste en la memoria de los vivos. — *Cicero*.

La prosperidad del estado estriba en las buenas costumbres. — *Id.*

La palabra es plata; el silencio es oro. — *Prov. árabe.*

La historia es la justificacion de los preceptos de la moral. — *Lacretelle.*

La codicia es la indigencia del alma. — *Plutarco.*

LIBRERIA DE J. VERDAGUER, RAMBLA, N.º 5.

Imprenta de J. Oliveres y M.